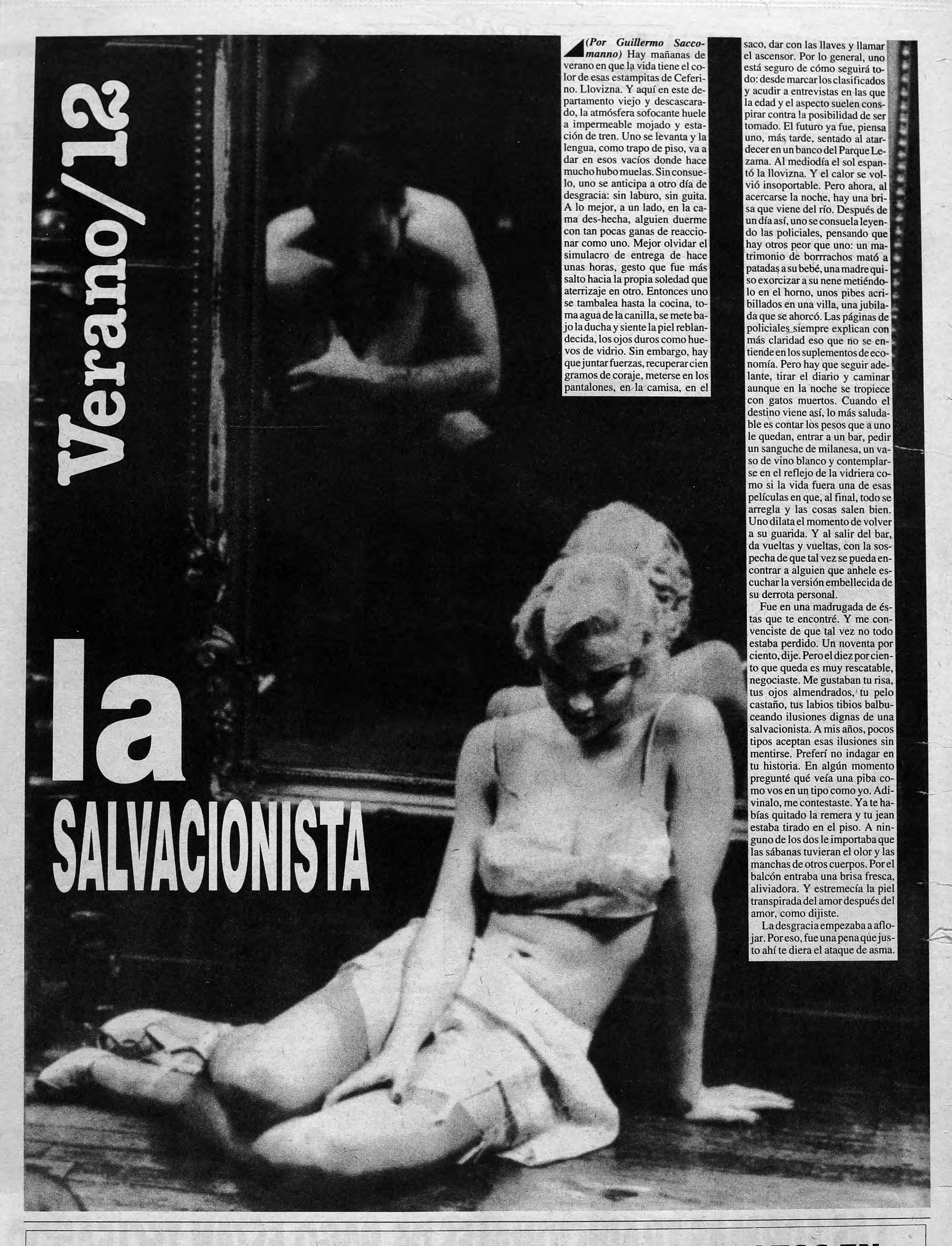


la SALVACIONISTA

(Por Guillermo Saccomanno) Hay mañanas de verano en que la vida tiene el color de esas estampitas de Ceferino. Llovizna. Y aquí en este departamento viejo y descascarado, la atmósfera sofocante huele a impermeable mojado y estación de tren. Uno se levanta y la lengua, como trapo de piso, va a dar en esos vacíos donde hace mucho hubo muelas. Sin consuelo, uno se anticipa a otro día de desgracia: sin laburo, sin guita. A lo mejor, a un lado, en la cama des-hecha, alguien duerme con tan pocas ganas de reaccionar como uno. Mejor olvidar el simulacro de entrega de hace unas horas, gesto que fue más salto hacia la propia soledad que aterrizaje en otro. Entonces uno se tambalea hasta la cocina, toma agua de la canilla, se mete bajo la ducha y siente la piel reblandecida, los ojos duros como huevos de vidrio. Sin embargo, hay que juntar fuerzas, recuperar cien gramos de coraje, meterse en los pantalones, en la camisa, en el saco, dar con las llaves y llamar el ascensor. Por lo general, uno está seguro de cómo seguirá todo: desde marcar los clasificados y acudir a entrevistas en las que la edad y el aspecto suelen conspirar contra la posibilidad de ser tomado. El futuro ya fue, piensa uno, más tarde, sentado al atardecer en un banco del Parque Lezama. Al mediodía el sol espantó la llovizna. Y el calor se volvió insoportable. Pero ahora, al acercarse la noche, hay una brisa que viene del río. Después de un día así, uno se consuela leyendo las policiales, pensando que hay otros peor que uno: un matrimonio de borrachos mató a patadas a su bebé, una madre quiso exorcizar a su nene metiéndolo en el horno, unos pibes acribillados en una villa, una jubilada que se ahorcó. Las páginas de policiales siempre explican con más claridad eso que no se entiende en los suplementos de economía. Pero hay que seguir adelante, tirar el diario y caminar aunque en la noche se tropiece con gatos muertos. Cuando el destino viene así, lo más saludable es contar los pesos que a uno le quedan, entrar a un bar, pedir un sanguche de milanesa, un vaso de vino blanco y contemplarse en el reflejo de la vidriera como si la vida fuera una de esas películas en que, al final, todo se arregla y las cosas salen bien. Uno dilata el momento de volver a su guarida. Y al salir del bar, da vueltas y vueltas, con la sospecha de que tal vez se pueda encontrar a alguien que anhele escuchar la versión embellecida de su derrota personal.

Fue en una madrugada de éstas que te encontré. Y me convenciste de que tal vez no todo estaba perdido. Un noventa por ciento, dije. Pero el diez por ciento que queda es muy rescatable, negociaste. Me gustaban tu risa, tus ojos almendrados, tu pelo castaño, tus labios tibios balbuceando ilusiones dignas de una salvacionista. A mis años, pocos tipos aceptan esas ilusiones sin mentirse. Preferí no indagar en tu historia. En algún momento pregunté qué veía una piba como vos en un tipo como yo. Adivinalo, me contestaste. Ya te habías quitado la remera y tu jean estaba tirado en el piso. A ninguno de los dos le importaba que las sábanas tuvieran el olor y las manchas de otros cuerpos. Por el balcón entraba una brisa fresca, aliviadora. Y estremecía la piel transpirada del amor después del amor, como dijiste.

La desgracia empezaba a aflojar. Por eso, fue una pena que justo ahí te diera el ataque de asma.

EL OTRO

Por el profesor Karl Psiquembaum

Sépalo. Sufra. Resígnese. Su analista –por este maldito y breve mes– ya no frecuenta el consultorio y usted se quedó solo en el mundo y sin diván donde descargar. Pero no todas son malas noticias. Aquí llega el honorable Karl Psiquembaum, perteneciente al Movimiento Psicoanalítico Buffet, dispuesto a dar una mano y hasta una oreja atenta. El profesor en cuestión –creado por Rudy– ha sido cuidadosamente recopilado por Ediciones de la Flor en varios volúmenes y este texto, de fresca cosecha, puede resultar útil a la hora de descansar de su analista –o de sus pacientes– a lo largo de este febrero que comienza.

Introducción

Mucho se ha hablado en psicoanálisis de la incidencia de otros en el mundo, en la cultura y en el mismísimo tratamiento. Tal vez queden algunos aspectos teóricos que resolver al respecto, como ser si esos otros van con mayúscula o minúscula, si es otro en singular u otros en plural, si cabe hablar de "un otro", "varios otros", "otros otros" y hasta de "otros sotros" por deformación lingüística de esas que tanto les gustan a nuestros colegas lacanianos. No se ha resuelto aún si el lugar del otro puede ser ocupado por *uno* en tanto y en cuanto le ceda el asiento no bien el otro se haga presente, y muchos otros interrogantes, y muchos interrogantes otros. Pero hay algo que nadie pone en duda a esta altura de la terapia: "En una relación psicoanalítica que se precie de tal, el otro siempre es el portero o encargado del edificio en el que vive el analista". Y esto no hay escuela que haya podido desmentirlo. Al portero, digo.

Tal vez algún lector sienta ciertas dudas ante la temeridad de la afirmación que acabo de cometer. Es posible que se trate de un lector que no se analice, o cuyo analista viva en una casa, o bien, y ésta es sin duda mi opción predilecta, que quien esté leyendo este artículo y cuestione lo antedicho sea el encargado del edificio en el que vive algún psicoanalista. Y que haya comprado este libro para entender mejor a su consorcista predilecto, o a los pacientes del mismo y piense que leyéndolo se enterará de insondables secretos de la vida del licenciado ése del 9° "G".

De todas maneras, mi intención no es polémica sino ilustrativa. El lector juzgará si, a partir de los ejemplos que he de presentar, merece el encargado la categorización por mí propuesta. Discutiremos y llegaremos a un acuerdo, como suele ocurrir entre analistas, o bien no nos pondremos de acuerdo, como suele ocurrir entre analistas.

Caso 1: cuéntame tu vida

Un paciente se dirige al departamento de su analista. La puerta de calle está abierta pues el portero eléctrico no funciona. Pero el de carne y hueso sí.

Portero: ¿A dónde va?

Paciente: Voy al 9° "G", a lo del licenciado Neurotsky.

Portero: ¿Y por qué motivo va?

Paciente: Angustia.

Portero: ¿Está angustiado el licenciado? ¡Qué raro, hoy por la mañana cuando vino de la verdulería parecía estar lo más bien! ¿No me estará mintiendo usted, no?

Paciente: ¿Mentirle? ¿Por qué iba yo a mentirle a usted?

Portero: ¡Y qué sé yo! Yo no soy psicoanalista (sic). Por ahí usted me miente porque en lugar de ir a lo del licenciado Neurotsky quiere ir a lo de la rubia del 8° "G", que está fuertísima, y dicho sea de paso ¡lo tiene loco al licenciado! El se la come con los ojos, le sale espuma por la boca, y ella ni bola le da, ¡es una histérica esa mina, figúrese que ni a mí me da bolilla! Por ahí es eso lo que lo tiene angustiado al licenciado, ahora que lo dice...

Paciente: No, el que está angustiado soy yo.

Portero: Ah, ¿ve que yo tenía razón? A usted tampoco le da bola la rubia, y usted se angustia, y después me viene a decir a mí que quiere ir a lo del licenciado Neurotsky, ¡vamos, ¿se cree que nací ayer, yo?!

Paciente: Escúcheme, por favor, acá hay un error...

Portero: ¿Sabe que tiene razón, usted? Hace muy mal la rubia en no darle bola al licenciado. El es un tipo culto, tiene su pinta, debe hacer buen dinero con la historia ésa de interpretarles los sueños a los giles. Pero, entre nosotros, lo que pasa es que el tipo es muy mujeriego. Cada tanto se aparece con una mina distinta. ¡Cada bagayo! Se ve que es un desesperado, el licenciado. Si hay días que está con una, y acá abajo hay otra esperando. ¡Uy, las que debe hacer en ese diván!

Paciente: Mire, es mi hora...

Portero: Pare, pare que le termino de contar, ¿ve que usted me engaña y quiere ver a la rubia? Si de verdad tuviera hora con el licenciado, no estaría tan apurado por entrar. ¡Es más aburrido el tipo ése! Meta leer libros, fumar en pipa y hablar leeento, pausaaaado, como si cada palabra que dice fuera importante. ¡Yo no sé quién se cree que es! Pero la rubia igual no le da bola, ¡jajajá!

Paciente: Quiero entrar, ya perdí veinte minutos de mi sesión y...

Portero: ¡Eh, no se ponga así, no se angustie! Mire, la rubia por ahora está con otro tipo, y si es por el licenciado, mucho no va a notar que usted no está. Seguro que aprovecha para leerse otro capítulo de la novela ésa de la mina que se llamaba Dora pero que en realidad no se llamaba Dora, que les tenía miedo a las ratas y que tenía un pibe que se llamaba Juanito pero le decían pequeño Hans, que tuvo que atravesar un bosque y se lo comió un hombre lobo.

Paciente: (Se crispa, cierra los puños.)

Portero: ¡Uy, cómo se puso. La verdad es que es apasionante la novela ésa. Déjelo al licenciado que siga leyendo tranquilo, déjelo aquí por hoy y vuelva el próximo martes, que por ahí la rubia está libre, ¿le parece?

Paciente: (Se va y da un portazo.)

Portero: Eh, espere, que me faltaba contar le una cosa que... parece que no le interesó l de la rubia, ¿no será medio homosexual? Y sé, se lo voy a preguntar al licenciado Neu rotsky la próxima vez que lo vea.

Caso 2: psicoanálisis muy profano

La señorita Ramírez está por tomar el as censor rumbo a la sesión con su analista, e doctor Supositoire.

Portero: ¿A dónde va?

Señorita: ¿Cómo que adónde voy? Voy a 4° "G".

Portero: ¿A lo del doctor? Qué raro, porqu todos los martes a esta hora suele venir u mujer.

Señorita: Yo soy una mujer.

Portero: Sí, ya lo sé, pero yo decía otra, u morocha, con pelo lacio y cara...

Señorita: Yo era morocha y de pelo laci

EL OTRO

Por el profesor Karl Psiquembaum

Sépalo. Sufra. Resígnese. Su analista –por este maldito y breve mes– ya no frecuenta el consultorio y usted se quedó solo en el mundo y sin diván donde descargar. Pero no todas son malas noticias. Aquí llega el honorable Karl Psiquembaum, perteneciente al Movimiento Psicoanalítico Buffet, dispuesto a dar una mano y hasta una oreja atenta. El profesor en cuestión –creado por Rudy– ha sido cuidadosamente recopilado por Ediciones de la Flor en varios volúmenes y este texto, de fresca cosecha, puede resultar útil a la hora de descansar de su analista –o de sus pacientes– a lo largo de este febrero que comienza.

Introducción

Mucho se ha hablado en psicoanálisis de la incidencia de otros en el mundo, en la cultura y en el mismísimo tratamiento. Tal vez queden algunos aspectos teóricos que resolver al respecto, como ser si esos otros van con mayúscula o minúscula, si es otro en singular u otros en plural, si cabe hablar de "un otro", "varios otros", "otros otros" y hasta de "otros sotros" por deformación lingüística de esas que tanto les gustan a nuestros colegas lacanianos. No se ha resuelto aún si el lugar del otro puede ser ocupado por *uno* en tanto y en cuanto le ceda el asiento no bien el otro se haga presente, y muchos otros interrogantes, y muchos interrogantes otros. Pero hay algo que nadie pone en duda a esta altura de la terapia: "En una relación psicoanalítica que se precie de tal, el otro siempre es el portero o encargado del edificio en el que vive el analista". Y esto no hay escuela que haya podido desmentirlo. Al portero, digo.

Tal vez algún lector sienta ciertas dudas ante la temeridad de la afirmación que acabo de cometer. Es posible que se trate de un lector que no se analice, o cuyo analista viva en una casa, o bien, y ésta es sin duda mi opción predilecta, que quien esté leyendo este artículo y cuestione lo antedicho sea el encargado del edificio en el que vive algún psicoanalista. Y que haya comprado este libro para entender mejor a su consorcista predilecto, o a los pacientes del mismo y piense que leyéndolo se enterará de insondables secretos de la vida del licenciado ése del 9° "G".

De todas maneras, mi intención no es polémica sino ilustrativa. El lector juzgará si, a partir de los ejemplos que he de presentar, merece el encargado la categorización por mí propuesta. Discutiremos y llegaremos a un acuerdo, como suele ocurrir entre analistas, o bien no nos pondremos de acuerdo, como suele ocurrir entre analistas.

Caso 1: cuéntame tu vida

Un paciente se dirige al departamento de su analista. La puerta de calle está abierta pues el portero eléctrico no funciona. Pero el de carne y hueso sí.

Portero: ¿A dónde va?

Paciente: Voy al 9° "G", a lo del licenciado Neurotsky.

Portero: ¿Y por qué motivo va?

Paciente: Angustia.

Portero: ¿Está angustiado el licenciado? ¡Qué raro, hoy por la mañana cuando vino de la verdulería parecía estar lo más bien! ¿No me estará mintiendo usted, no?

Paciente: ¿Mentirle? ¿Por qué iba yo a mentirle a usted?

Portero: ¡Y qué sé yo! Yo no soy psicoanalista (sic). Por ahí usted me miente porque en lugar de ir a lo del licenciado Neurotsky quiere ir a lo de la rubia del 8° "G", que está fuertísima, y dicho sea de paso ¡lo tiene loco al licenciado! El se la come con los ojos, le sale espuma por la boca, y ella ni bola le da, ¡es una histérica esa mina, figúrese que ni a mí me da bolilla! Por ahí es eso lo que lo tiene angustiado al licenciado, ahora que lo dice...

Paciente: No, el que está angustiado soy yo.

Portero: Ah, ¿ve que yo tenía razón? A usted tampoco le da bola la rubia, y usted se angustia, y después me viene a decir a mí que quiere ir a lo del licenciado Neurotsky, ¡vamos, ¿se cree que nací ayer, yo?!

Paciente: Escúcheme, por favor, acá hay un error...

Portero: ¿Sabe que tiene razón, usted? Hace muy mal la rubia en no darle bola al licenciado. El es un tipo culto, tiene su pinta, debe hacer buen dinero con la historia ésa de interpretarles los sueños a los giles. Pero, entre nosotros, lo que pasa es que el tipo es muy mujeriego. Cada tanto se aparece con una mina distinta. ¡Cada bagayo! Se ve que es un desesperado, el licenciado. Si hay días que está con una, y acá abajo hay otra esperando. ¡Uy,

las que debe hacer en ese diván!

Paciente: Mire, es mi hora...

Portero: Pare, pare que le termino de contar, ¿ve que usted me engaña y quiere ver a la rubia? Si de verdad tuviera hora con el licenciado, no estaría tan apurado por entrar. ¡Es más aburrido el tipo ése! Meta leer libros, fumar en pipa y hablar leeento, pausaaaado, como si cada palabra que dice fuera importante. ¡Yo no sé quién se cree que es! Pero la rubia igual no le da bola, ¡jajajá!

Paciente: Quiero entrar, ya perdí veinte minutos de mi sesión y...

Portero: ¡Eh, no se ponga así, no se angustie! Mire, la rubia por ahora está con otro tipo, y si es por el licenciado, mucho no va a notar que usted no está. Seguro que aprovecha para leerse otro capítulo de la novela ésa de la mina que se llamaba Dora pero que en realidad no se llamaba Dora, que les tenía miedo a las ratas y que tenía un pibe que se llamaba Juanito pero le decían pequeño Hans, que tuvo que atravesar un bosque y se lo comió un hombre lobo.

Paciente: (Se crispa, cierra los puños.)

Portero: ¡Uy, cómo se puso. La verdad es que es apasionante la novela ésa. Déjelo al licenciado que siga leyendo tranquilo, déjelo aquí por hoy y vuelva el próximo martes, que por ahí la rubia está libre, ¿le parece?

Paciente: (Se va y da un portazo.)

Portero: Eh, espere, que me faltaba contarle una cosa que... parece que no le interesó lo de la rubia, ¿no será medio homosexual? Ya sé, se lo voy a preguntar al licenciado Neurotsky la próxima vez que lo vea.

Caso 2: psicoanálisis muy profano

La señorita Ramírez está por tomar el ascensor rumbo a la sesión con su analista, el doctor Supositoire.

Portero: ¿A dónde va?

Señorita: ¿Cómo que adónde voy? Voy al 4° "G".

Portero: ¿A lo del doctor? Qué raro, porque todos los martes a esta hora suele venir una mujer.

Señorita: Yo soy una mujer.

Portero: Sí, ya lo sé, pero yo decía otra, una morocha, con pelo lacio y cara...

Señorita: Yo era morocha y de pelo lacio. Me teñí y me hice la permanente. ¿Qué iba a decir de mi cara?

Portero: ¿Y la estética, también se hizo la estética? Le pregunto porque la veo muy mejorada, ¿sabe? Porque, entre nosotros, cuando usted empezó a venir, yo me dije... humm, esta mina está más loca que una cabra, pobre doctor, los pacientes que le tocan; seguro que ésta es psicópata, esquizofrénica o por lo menos melancólica con tendencias autodestructivas incoercibles.

Señorita: ¿De dónde sacó eso?

Portero: De su manera de tocar el timbre. Usted sabe, yo soy muy psicólogo, y tanto estar acá en este edificio lleno de analistas, neuróticos y algún que otro perverso polimorfo, uno se va formando va adquiriendo práctica. Además, tengo un supervisor de primera.

Señorita: ¿Supervisor?

Portero: Sí, Rodríguez, el encargado del edificio verde que está ahí en la esquina, ¿lo ve? Rodríguez ya es nuestro didacta, todos los encargados de la cuadra supervisamos con él. Y alguno de los analistas, también, no le voy a mentir, pero hablemos mejor de usted: la lleva bien el doctor, ¿no?

Señorita: Bueno, sí, el doctor es como un padre para mí...

Portero: ¿Usted lo dice en el sentido edípico, o simplemente porque se hace cargo de sus angustias y frustraciones, a la vez que le pone límites que le permiten y al mismo tiempo le prohíben desarrollarse como persona? Porque no es lo mismo, ¿vio?

Señorita: Mire, yo preferiría no hablar de esto porque...

Portero: Sí, sí, claro, la resistencia, ya lo veo. Usted se comporta conmigo como si yo fuera su madre que la va a retar por algo que usted imaginó con el doctor Supositoire que vendría a ser su padre, es decir como si usted ocupara el lugar que en realidad me corresponde a mí, por eso le da culpa y se oculta, y actúa ese deseo de ocultarse haciéndose la permanente y tiñéndose el pelo, que por otra parte no le quedaba nada mal antes, le daba un aspecto psicótico muy atractivo.

Señorita: ¡Escúcheme!

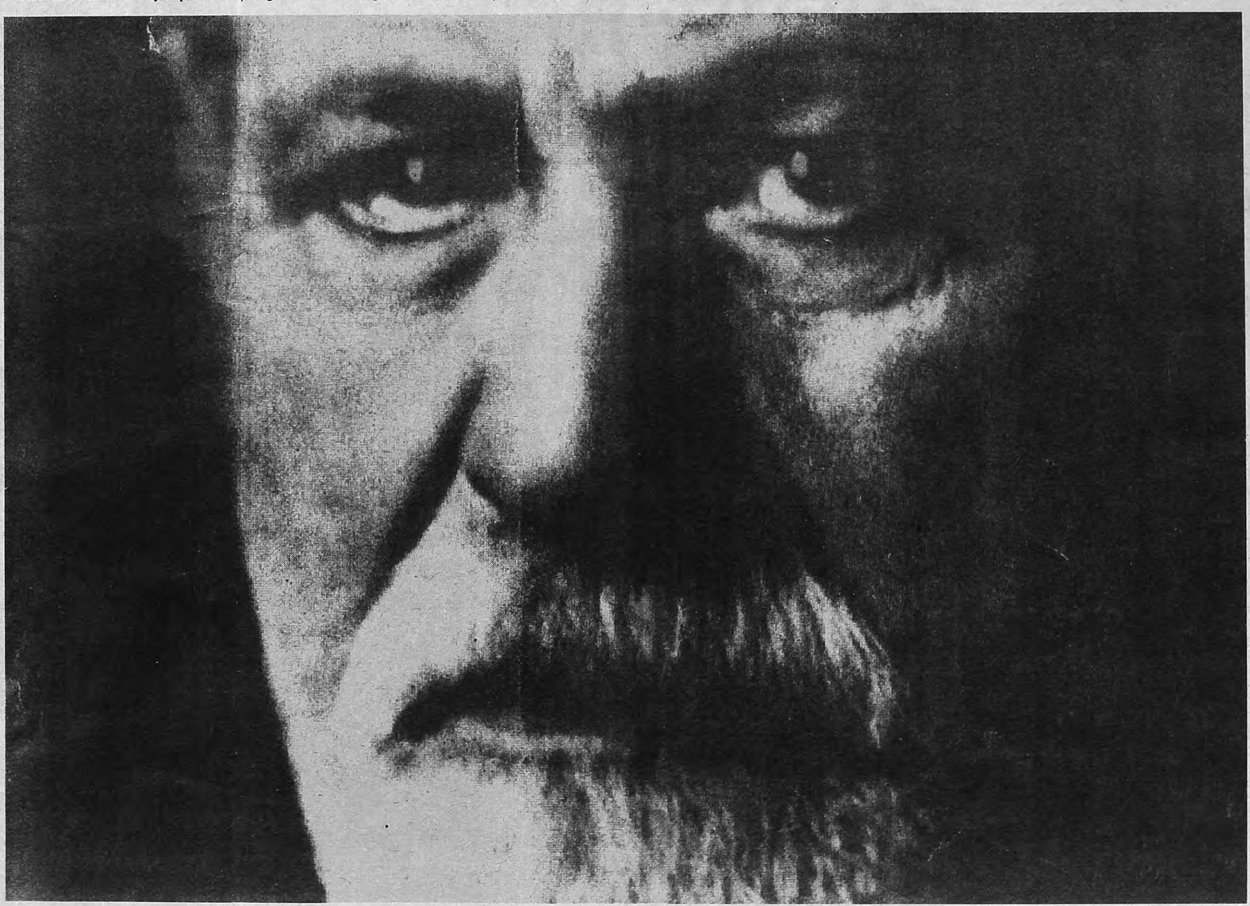
Portero: No hace falta que me lo pida como un niño a su madre. Yo ya la estoy escuchando.

Señorita: Usted está actuando como si fuera el doctor y...

Portero: ¡Lindo truco, el suyo! Yo le dije primero que usted actuaba conmigo como si yo fuera su madre y el doctor su padre edípico; ahora usted me pone a mí, su madre, en el lugar del doctor, su padre, con lo que las figuras quedan indiscriminadas, ya no se sabe quién es mamá y quién es papá, y encima después usted me interpreta esto poniéndose usted misma en el lugar del doctor y a mí en el lugar suyo, con lo que quedamos los tres aglutinados en una pelota que...

Señorita: Pare, pare, que a usted nadie lo metió en esto.

Tal vez estos casos alcancen, tal vez no, pero creemos que como pruebas son más que fehacientes. Y si no, baje y pregúntele al portero.



Me teñí y me hice la permanente. ¿Qué iba a decir de mi cara?

Portero: ¿Y la estética, también se hizo la estética? Le pregunto porque la veo muy mejorada, ¿sabe? Porque, entre nosotros, cuando usted empezó a venir, yo me dije... humm, esta mina está más loca que una cabra, pobre doctor, los pacientes que le tocan; seguro que ésta es psicópata, esquizofrénica o por lo menos melancólica con tendencias autodestructivas incoercibles.

Señorita: ¿De dónde sacó eso?

Portero: De su manera de tocar el timbre. Usted sabe, yo soy muy psicólogo, y tanto estar acá en este edificio lleno de analistas, neuróticos y algún que otro perverso polimorfo, uno se va formando va adquiriendo práctica. Además, tengo un supervisor de primera.

Señorita: ¿Supervisor?

Portero: Sí, Rodríguez, el encargado del edificio verde que está ahí en la esquina, ¿lo ve? Rodríguez ya es nuestro didacta, todos los encargados de la cuadra supervisamos con él. Y alguno de los analistas, también, no le voy a mentir, pero hablemos mejor de usted: la lleva bien el doctor, ¿no?

Señorita: Bueno, sí, el doctor es como un padre para mí...

Portero: ¿Usted lo dice en el sentido edípico, o simplemente porque se hace cargo de sus angustias y frustraciones, a la vez que le pone límites que le permiten y al mismo tiempo le prohíben desarrollarse como persona? Porque no es lo mismo, ¿vio?

Señorita: Mire, yo preferiría no hablar de esto porque...

Portero: Sí, sí, claro, la resistencia, ya lo veo. Usted se comporta conmigo como si yo fuera su madre que la va a retar por algo que usted imaginó con el doctor Supositoire que vendría a ser su padre, es decir como si usted ocupara el lugar que en realidad me corresponde a mí, por eso le da culpa y se oculta, y actúa ese deseo de ocultarse haciéndose la permanente y tiñéndose el pelo, que por otra parte no le quedaba nada mal antes, le daba un aspecto psicótico muy atractivo.

Señorita: ¡Escúcheme!

Portero: No hace falta que me lo pida como un niño a su madre. Yo ya la estoy escuchando.

Señorita: Usted está actuando como si fuera el doctor y...

Portero: ¡Lindo truco, el suyo! Yo le dije primero que usted actuaba conmigo como si yo fuera su madre y el doctor su padre edípico; ahora usted me pone a mí, su madre, en el lugar del doctor, su padre, con lo que las figuras quedan indiscriminadas, ya no se sabe quién es mamá y quién es papá, y encima después usted me interpreta esto poniéndose usted misma en el lugar del doctor y a mí en el lugar suyo, con lo que quedamos los tres aglutinados en una pelota que...

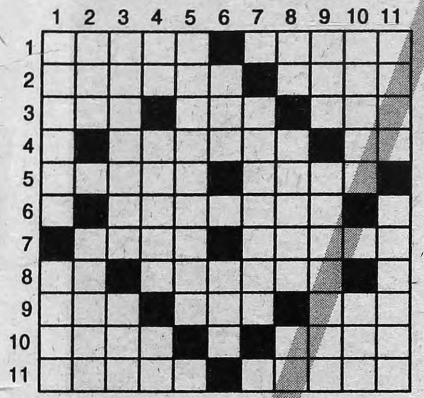
Señorita: Pare, pare, que a usted nadie lo metió en esto.

Tal vez estos casos alcancen, tal vez no, pero creemos que como pruebas son más que fehacientes. Y si no, baje y pregúntele al portero.

Verano/12

REVELE SUS FOTOS EN
CUORE
FOTOCOLOR EN MINUTOS
Y PLANTE UN ARBOL CON IDEA EN MAR DEL PLATA

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. Anuncio. /Apuro.
2. Que defiende principios deshonestos. / Res de entre unos y dos años.
3. Artículo determinante (fem., pl.). / Voz usada para impulsar a los bebés a que se levante. Amarra, lía.
4. Arruino. /Argón.
5. Socavar, consumir./ Proyecto.
6. Agiten las aves las alas sin volar.
7. Expongan al fuego./ Roedores.
8. Dentro de. / Ensordecí.
9. Guante de esparto para limpiar caballerías./ Eternidad./ Elemento de pesca.
10. Da lengüetazos./ Quita la vida.
11. Sábalo./ Poner el pie sobre algo.

VERTICALES

1. Ovaciona./ Pronombre personal (fem.).
2. Carril, riel./ Que dura un año.
3. Locas./ Dueño.
4. Afirmación./ Especie, calidad./ Existe.
5. Que ocurre.
6. Lelo./ Licor destilado de la melaza.
7. Arenisca sílica o arcillosa empleada en la construcción.
8. Nota musical./ Signan con óleo sagrado a alguien./ Forma del pronombre personal de primera persona.
9. Cólera./ Partes del estambe de las flores que contiene el polen.
10. Mefistófeles, Lucifer./ Letra griega.
11. Alero./ Tranquilizar.

JUeGOs

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

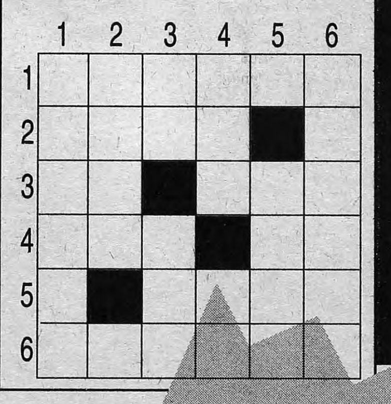
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras peroenotro orden).

HORIZONTALES

1.Locutorio. 2. Agarrad. 3. Ar./Loa. 4. Ría./Ti. 5. Aram. 6. Arrope.

VERTICALES

1. Afecto. 2. Rasa. 3. Ib./Era. 4. Día./ Ra. 5. Lamí. 6. Atoran.



ACADEMICO

Descubra al verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas ***A****, cinco* ***B*** *y cinco* ***C****.*

1. **Vicia - A:** Pervierte. **B:** Arveja. **C:** Género de bacterias.
2. **Vilordo - A:** Despectivamente, campesino. **B:** Cerveza de maíz. **C:** Lerdo, pesado.
3. **Vilote - A:** Cobarde. **B:** Vino agrio. **C:** Pueblo pequeño.
4. **Vinal - A:** Relativo al vino. **B:** Algarrobo. **C:** Salsa de aceite y vinagre.
5. **Vinolento - A:** Vino de baja calidad. **B:** Borracho. **C:** Planta borragínea.
6. **Yacija - A:** Vaso de barro. **B:** Sable curvo. **C:** Lecho, cama.
7. **Yambo - A:** Pie de poesía. **B:** Labrador. **C:** Jaguar.
8. **Yeldarse - A:** Abroquelarse. **B:** Ponerse yermo un campo. **C:** Fermentarse.
9. **Yeyuno - A:** Caballo negro con manchas claras. **B:** Parte del intestino delgado. **C:** Arbusto medicinal.
10. **Yergo - A:** Lugar donde yacen las bestias. **B:** Precepto. **C:** Planta caprifoliácea.
11. **Zabarcera - A:** Riña. **B:** Correa del aparejo de caballería. **C:** Revendedora de comestibles.
12. **Zabra - A:** Barco antiguo de dos palos. **B:** Cosecha de caña de azúcar. **C:** Arbusto salsoláceo.
13. **Zagal - A:** Ganado salvaje. **B:** Muchacho. **C:** Remo corto.
14. **Zaherir - A:** Critiar. **B:** Herir con una arma blanca. **C:** Atar.
15. **Zambra - A:** Muchacha sucia. **B:** Instrumento musical de cuerda. **C:** Fiesta morisca.

CALIFICACION

15 puntos: ....académico
11 a 14: ....maestro
6 a 10: ....bachiller
5 o menos: ....alumno

SOLUCIONES

ACADEMICO

1.B; 2.C; 3.A; 4.B; 5.B; 6.C; 7.A; 8.A; 9.A; 10.C; 11.C; 12.A; 13.B; 14.A; 15.C.

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

PALABRAS CRUZADAS

